

EL ERMITAÑO CUENTA POR QUÉ DECIDE HACERSE ERMITAÑO

• Cuáles son los motivos de un acto? Acaso haya que encontrarlos en la imposibilidad de no emprender algo cuando se quiere una quietud imperturbable. Yo me convertí en ermitaño como consecuencia de un exceso de filantropía que hizo de mí un misántropo. Quería a todos y me atraganté de ellos como se obtura un conducto que recibe más carga de la admisible. Por eso reniego de la procesión de esclavos oferentes que sin descanso presentan sus tributos al emperador de turno. ¿Qué otra cosa puede desear el inconforme sino la retirada hacia un espacio oculto? Un lugar multidimensional que te permita entrar y salir del mundo por la puerta de atrás.

Que quede claro que yo no renuncio ni me escondo. Si he decidido pasar más tiempo conmigo y menos con vosotros, hay que buscar la causa en una suerte de reducción fenomenológica, gracias a la cual pretendo permanecer fuera de juego; inmune tanto a los encontronazos de la existencia como a los reclamos de la vivencia. Estaré acompañado por aquellas cosas que no perturben mi entendimiento: el agua escurridiza de los torrentes impenetrables, la piedra compacta de los canchales inhóspitos, el viento silbante de los páramos vacíos, los bosques oscuros de las laderas umbrías. Seré con ellas un único ser suficiente y solitario. Algo así como un druida de las campiñas sin poderes mágicos, un buhonero de los caminos sin carromato, un arlequín de los tablados sin traje de rombos, un astronauta de los espacios siderales sin escafandra, un rapsoda de las emociones sin cortejo de musas, un escarabajo pelotero sin pelota que hacer rodar, un hombre frente al hueco que dejaron el resto de los hombres.

Seguramente, mi decisión de apartarme de lo omnipresente responde a un agotamiento de la permanencia en la constancia, el cual aborrece cualquier forma de presuntuosa pedantería social. Ahora que, por fin, reposo junto a un conjunto de compañeros que se conforman con la contemplativa mirada interior del espíritu inquisitivo, entiendo cuánto supuso en mi vida la ruptura que destruyó los juegos cooperativos y no cooperativos para los cuales yo no estaba preparado. Desde ese instante, me separé de la grey terrena hasta quedar hecho un ermitaño trascendental.

Permanezca aquí todavía indeciso si mi comportamiento radical tiene componentes escapistas o, por el contrario, afronta lo inevitable. De momento es pronto para dilucidar cuál de los dos caminos conduce antes al menosprecio del artificio cuando este alcanza grados tales que pueden pervertir las normas del consenso grupal. Baste, por ahora, saber que nací en una ciudad llena de gente inconforme, pero que nunca se atrevió a invertir su mala suerte. Mis padres me educaron en la más estricta observancia de los preceptos tradicionales y, apenas alcanzada la juventud, estuve cerca de embarcarme como grumete en un carguero que, de haber sido yo más atrevido, hubiera realizado la singladura de mis sueños.

Aún no sé de qué manera acabará esto. Tal vez sea un camino de ida y vuelta como la famosa *Sonata a Kreutzer*. La música de Beethoven sirvió de inspiración a Tolstoi para escribir un libro, y este texto, a su vez, sirvió de inspiración a Janacek para volver a componer música. La fortuna siempre nos hace girar, por lo que no sería aventurado suponer que regrese, después de este enclaustramiento, al lugar de mi origen: la artera Babilonia de los jardines colgantes, las máquinas tragaperras y el consu-

mismo virtual; allí dondequiera que se encuentre este permanente sitio intercambiable y atemporal.

Aborrezco dar testimonio o dar ejemplo; por tanto, mi ingreso en esta apartada orilla no ha de verse como una medida simbólica, sino como una noesis necesaria para dar sentido, en primer lugar, a lo que yo hago y, en segundo lugar, a lo que otros quieran hacer sin mí. Imagino que algo de hartazgo tuvo que haber en la decisión que me condujo hacia esta caverna filosófica; si bien creo que tal estado, por avasallador que sea, nunca determina nuestra voluntad. En última instancia, optamos desnudos de premisas, porque de otra manera el albedrío empezaría a disolverse dentro de la compleja red de nuestra mente plástica. Y con esto no quiero decir que, a pesar de la irreductible libertad que defiendo, me haya quedado al margen de la enorme proliferación de circunstancias que, de una u otra manera, han influido en mi devenir; muy al contrario, acepto que ellas, quizá, tengan algo que ver con el mar donde navego, pero el rumbo, en cualquier caso, solo yo lo establezco; eso sí, echando mano, de vez en cuando, al sextante de mi intuitiva perspicacia. Claro que, por mandato de la suprema armonía, las muchas ocasiones equívocas, mediante las cuales se dispersaron los instintos que me llevaban tras el crepúsculo espinoso, lejos de producir en mí un acercamiento al barullo de la masa, iban separando al hombre sociable de sus círculos y aproximándolo muy cerca de las inquietudes del anacoreta.

Durante mi niñez, recuerdo las tardes de verano que pasaba con mi abuelo pescando. Lo que nos ocupaba más tiempo era descubrir un buen puesto en un soto frondoso. Una vez preparados los aparejos de las cañas y recogidas las lombrices para el cebo, iniciábamos, al unísono, el ritual de la captura de los peces. No solíamos hablar

mucho, pero sus silencios tenían una profunda majestad. Ahí comenzó mi gusto por los parajes recónditos y las palabras escasas que ahora tanto necesito. Esos reductos de placentero candor que espejean como las cucharillas engullidas por las truchas que antes pescaba con mi abuelo, alto, plácido y austero. ¿Merece la pena refugiarse? Quizá aquí escondido no encuentre nada de lo que busco, quizá la simplicidad y la complejidad adquieran nuevos horizontes, quizá la regularidad y la aleatoriedad estimulen entornos inusitados, quizá el orden y el desorden sirvan para estabilizar la sutileza. En cuanto a mí, solo puedo decir que me produce mucho desconcierto esta desafección fruto de la cual un componente de la abundancia (yo) acabará convirtiéndose en alguien irremediamente solo (menos-yo-más-yo).

EL ERMITAÑO DESCRIBE SU PARAJE Y SU ERMITA

Entre el paisaje y el estado de ánimo se establecen sutiles correspondencias. Por ejemplo: una lóbrega garganta que taja un terreno granítico en las estribaciones de una cordillera cruelmente erosionada es difícil que no infunda en nuestro espíritu un desasosiego parecido al que experimentaríamos andando de noche por los pasillos de un hospital vacío; por el contrario, una marisma tras la luz crepuscular del sol naranja y cubierta de una vegetación dispersa a buen seguro que ha de transmitirnos una serenidad interior en nada distinta a la que se obtiene acariciando el lomo de un gato somnoliento.

Tal como me encuentro en estos momentos, diría que mi rincón de naturaleza ha de tener una mezcla de aborrecida lujuria grotesca y de pacífica serenidad esteparia. Esa es la síntesis que he estado buscando para asentar mis reales, la cual, hoy justo hace tres semanas, hallé en este cubículo no más grande que una sepultura amplia ni más pequeño que el despacho que aloja a un oficinista sin muchas pretensiones. Lo último que contemplé, cuando se cerraron para mí los turbulentos años del tráfigo mundano, fue una multitud salvaje que reclamaba pan y dignidad. A partir de ese instante, supe que había llegado la hora de mi reclusión voluntaria en un predio ignoto, inaccesible como un vergel submarino. No obstante, cuanto me rodea fue puesto, supongo, por una fuerza indómita que surgió de la nada para adentrarse después en las cósmicas constelaciones de lo fortuito. Y hete aquí que vine a parar a este enclave que pocos conocen y algunos evitan, con la intención de compartir el mismo destino que esta especie de ermita donde yazgo, que este arroyo de aguas limpias donde bebo, que esta cimera cumbre donde

ejercito mis alas de gavilán y que estas oquedades ocultas donde practico el más cruel de los retiros ascéticos que imaginarse puedan.

Soy una persona de gustos sencillos; por eso, la frugalidad y la reciedumbre a la que me obliga este apartamiento de las lindezas mundanas no supone un quebranto que consiga mortificarme en extremo. Antes al contrario, la aspereza de tales serranías (escarpados terrenos que sirvieron de guarida para los traficantes de ideas subversivas) actúa como acicate gracias al cual se endurece mi carácter y se afina mi percepción. Rasgos, ambos, necesarios cuando uno quiere traspasar las fronteras de lo confortable sin más ayuda que unos bastimentos de subsistencia y unas criaturas puestas desde hace siglos por las leyes de la minuciosa naturaleza.

En el jardín de mis abuelos también había un tejo parecido a este que se cimbreaba con las ráfagas del poniente. Recuerdo que algunos pájaros anidaban sobre su copa, la cual mi imaginación infantil fue convirtiendo en una cúpula bizantina como la de las ilustraciones de los cuentos orientales que leía resguardado por su sombra protectora. Los trinos eran el acompañamiento perfecto en esas tardes de estío para las que no hay protección posible, salvo las ensoñaciones letárgicas de la conciencia extraviada. Únicamente me sacaba del torpor la meliflua voz de mi madre, que, con la delicadeza propia de una madona renacentista, nos anunciaba que debíamos ir al comedor, sin falta, antes de que el arroz se pasara.

Se cierra un libro, se cierra una puerta, se cierra un ataúd, se cierra un sobre. ¿Qué más se cierra? Se cierra la cerradura que encierra una vida encerrada en una vivienda junto a otras viviendas que contienen inquilinos hartos de que nunca ocurra gran cosa, a excepción de la rutina

y la consabida laboriosidad de la que yo quiero escapar, cueste lo que cueste, no para dedicarme a la holganza, sino para ser con esta parra que da uvas agraces, con estos ánsares que remontan el vuelo con sus alas pesadas, con esta manta que me arropa por las noches, con estas nubes que se inflaman gracias al aerosol del agua volátil, con este helechal que tan pronto está verde como cobrizo... Busco, no tengo ningún reparo en reconocerlo, el contacto con lo sencillo, que, una vez descifrado, según corresponde a cualquier manifestación holística, va ganando terreno pausadamente hasta convertirse en la suficiencia mediante la cual aquello que siempre parece excesivo queda reducido a una veleidad inadecuada. Y las montañas, que al fondo diviso cada vez que salgo de mi ermita, o las luciérnagas, que rutilan dentro de una noche apacible, me recuerdan, en todo momento, lo bien que hice al dejar la sofisticada superchería por este trozo de agreste territorio.

Si no dejo de caminar en línea recta hacia el norte, lo primero que encuentro es un abrevadero sucio que recoge aguas limpias de un manantial puro. Un poco más allá, a la sombra de un rodal de nogales, se alza una construcción derruida de mampostería y ladrillo que, por la forma de su planta y por el olor de sus bigas, debió de acoger el rebaño de algún pastor desabrido; uno de los últimos exponentes de un oficio que, aquí, apenas tuvo cambios desde el neolítico. Alrededor de donde yo me hallo, no faltan, cuando el invierno ha sido generoso en nieves y la primavera pródiga en lluvias, los pastizales frescos y bien drenados que durante las tormentas se empapan, pero nunca se encharcan. Tampoco son extraños, por estos pagos, la jara y el cantueso, así como un sinnúmero de florecillas silvestres a cuyo polen se acercan las abejas siguiendo su instinto infalible.

La aldea más cercana dista de mi guarida unos ocho kilómetros y, para llegar a ella, hay que vadear un riachuelo de escaso caudal, tributario de un río mayor que irriga unas feraces vegas, famosas por sus hortalizas y sus frutas. No descarto visitar, muy de tarde en tarde, estas zonas pobladas, aunque solo sea para aprovisionarme de lo necesario con lo que ir saciando mi hambre y entreteniéndome mi aburrimiento.

Cuando uno recorre con calma las sendas y trochas que algunos caminantes han abierto antes que yo, comprueba lo bien comunicada que estaba, a su manera, esta tierra primigenia: se puede subir al puerto, con paso tranquilo, sin aproximarse a las laderas que presentan riesgo de aludes y avalanchas; se puede bajar al llano, atajando por el bosque, para que, además, la sombra de los melojos nos haga más llevadera la marcha. El camino del cementerio es el único que no conduce a ningún otro sitio, porque, si entras en el camposanto, o no sales o vuelves, siempre, por donde has venido.

UN SUEÑO DEL ERMITAÑO

No suelo recordar mis sueños, pero el que he tenido esta noche aún perdura en mi memoria como un injerto que amenaza con una proliferación onírica de fotogramas borrosos. Alguien, a quien no consigo identificar, me daba un saquito lleno de semillas oscuras, parecidas a los frijoles que alguna vez he comido en Centroamérica. Semejante dádiva era, al principio, insoporrible, pues carecía de un propósito claro. Después, a medida que las semillas iban adquiriendo movilidad, se hizo patente la intención del enigmático personaje: gracias a su regalo, estaba preparado para que comenzara la siembra sobre la palma de mi mano gigante, ahora convertida en un huerto con surcos, donde antes había líneas, y con tierra, donde antes había piel.

No tuve que esperar mucho para ver cómo brotaban unas plántulas, entre cuyas abundantes cualidades tal vez la mayor fuera la adivinación de cualquier pensamiento adherido al córtex de los impostores. En esta parte del sueño se apoderó de mí una impaciencia incontrollable que nada mitigaba, ni siquiera una pareja de golondrinas puestas a mi servicio por los agentes secretos del espíritu; menos aún un seguro multirriesgo que establecía una vigencia de lo acordado innecesariamente amplia, toda vez que mi esperanza de vida, teniendo en cuenta este ritmo cardíaco atronador, con dificultad podría llegar a la finalización del sueño.

Boquiabierto me quedé cuando asomaron, como si fueran esmeraldas recubiertas de caramelo, unos huevos del Jurásico rellenos de consignas proclamadas a los cuatro vientos. Por alguna razón que nadie acababa de comprender, se dictó una sentencia inapelable, según la cual

los nacidos de mujer hebrea debían ingresar de inmediato en una nave industrial con forma de platillo volante y paredes de gomaespuma. Dentro de ella, los guardianes, aunque propensos a los boleros nostálgicos, nunca olvidaban que su misión fundamental era que no escaparan los aullidos de los mudos y que no se infiltrara la bondad de las madres utilizando el capote bermellón de las cuadrillas que hacen el paseíllo por las plazas de toros desiertas a las cinco de la tarde.

Las imágenes, en este punto, perdieron nitidez, desplazadas por una serie de sensaciones que iban desde la mera hinchazón del cuerpo cautivo hasta la mansedumbre bovina de los querubines hambrientos. Una multitud de estímulos escasamente identificados arremetían contra mis neuronas con el propósito de confundirme, permitiendo así que los equívocos y las dudas pergeñaran una red de sutilezas imposible de atravesar, salvo por la navaja de Ockham. Utensilio, este, del que carecíamos los no iniciados en los rituales masónicos o en los procedimientos cabalísticos. Algo, por lo demás, muy normal si tenemos en cuenta que durante mi sueño la benevolencia de los píos acarreaba tan grandes sinsabores que ni la gratitud se hizo acreedora del premio supremo.

Poco a poco fui saliendo, mediante una frenética sucesión de espasmos febriles, del profundo reino donde Morfeo hipnotiza a los que quieren recuperar la vigilancia de la vigilia tensa y vivaz. Pero antes me estaban reservadas (el más alto honor que se le puede hacer a un paria cuando abandona sus posesiones por un trozo de comfortable irresponsabilidad) un sinfín de figuras deformadas por los espejismos surrealistas de la imaginación hipnagógica: una rehala de podencos, grandes como orcas, que solo obedecían mis órdenes porque eran capaces de interferir

las señales acústicas de los ángeles etéreos; un banquete pantagruélico servido por un cortejo fúnebre de campesinos leprosos que, después de recoger los platos y limpiar la mesa de nogal, tocaban ritmos de *blues* con las trompetas de Jericó; la toma del Palacio de Invierno, que en realidad no difería mucho de la toma de la Bastilla o de la sublevación de Zapata, retransmitida en directo por una agencia internacional de noticias como si fuera una superproducción cinematográfica llena de extras y de efectos especiales; un reloj chapado en pesadumbre y con la esfera fosforescente a punto de levantar el vuelo junto a una bandada de palomas miopes; algunos tinteros con capacidad para esconder los pigmentos que embadurnan las paredes de las cuevas achelenses o la sangre que escapó de las arterias transparentes de los fantasmas; el emblema que exhiben los atletas siempre y cuando tengan garantizado un epinicio de Píndaro al rayar el alba...

Quiero hacer una aclaración antes de seguir contando este sueño borroso y turbio como todos los sueños. Hace tiempo que perdí mi capacidad de zafarme entre los recovecos de la impostura. Soy, por tanto, alguien condenado a la veracidad verídica de la verdad, que afronta los hechos tal como vienen, sin asomo de doblez o engaño. Me parezco, en esto, a los viejos presocráticos cuando, en su búsqueda del *arché*, declaraban la conformidad con unos principios insuficientes para explicar el complejo sustrato de lo emergido. Que conste que hago este paréntesis con el único fin de evitar cualquier intento de interpretación de unos símbolos automáticos que carecen de paralelismos y que, aun legibles, no precisan una lectura sugeridora. Retomo, dicho esto, el hilo de mi somnoliento relato extrasensorial.

Por la rasante perfecta que deja un tiralíneas en el lomo de un buey deslomado aparecía una comitiva de ludópatas

con calderilla dentro de las faltriqueras y aceptación dentro de sus destinos. Ninguno me era reconocible y a todos los llamaba por sus nombres, hasta que el que iba en cabeza, conocedor de la profunda angustia de los despedidos injustamente, prorrumpió en alabanzas extemporáneas, carentes de sentido y llamativas como la luz ámbar de los semáforos para invidentes. Mi último deseo, ya que él me dijo lo cerca que estaba de la muerte, consistía en pintarrajar los mofletes de los niños gorditos con el rímel de las fulanas, que defienden la dignidad mejor que los piquetes sindicales. Aunque la impudicia de estas colaboradoras con el abigarrado *padma-lingam* de los hermafroditas puso coto a cualquier intento de sabotaje, ya fuese producto de una indefensión alcohólica o de una sobredosis de barbitúricos recubiertos por el follaje de las florestas.

Alguien me decía, tal vez un heraldo negro o el portador de la antorcha olímpica, que los suelos deslizantes de los grandes almacenes, las paredes móviles de los paritorios, los techos abatibles de las berlinas y las pechinas decoradas de las basílicas iban a traerme alteridad en vez de desconcierto, devoción en vez de súplicas rastreras, tutela en vez de logaritmos y exquisitez en vez de agobios vanos. Era incapaz de localizar el origen de este llamamiento instintivo, causa de mi oprobio fortuito; ni siquiera colocando balizas por los campos de entrenamiento de las fuerzas especiales que lanzan ataques relámpago para amilanar a los pobladores indefensos que habitan los ganglios linfáticos de los enterramientos expoliados. Menos aún me encontraba con fuerzas como para entibiar la loción de baño con la que una madrastra sadomasoquista pretendía desmentir a los embaucadores profesionales.

Es de suponer que, hallándome en un estado tal de vivencia intencional explícita, mi *cogito* quisiera desemba-

razarse de las deformidades subconscientes que revolotean sobre el estandarte heráldico de nuestras pesadillas. A esas alturas del sueño, únicamente me quedaba algo de entereza merced a la cual hacer frente, sin asomo de bravuconería, a los versátiles influjos de la espiritualidad disconforme. Con ese poco de lucidez, fui capaz de salir del mundo de los dormidos y entrar en el mundo de los despiertos.